

**LA PALESTINA QUE NUNCA CESA: EDWARD SAID Y LA  
NOCIÓN DEL COMPROMISO DESDE LA MEMORIA**  
**The neverending Palestine: Edward Said and his notion  
of memorizing compromise**

Ignacio GUTIÉRREZ DE TERÁN GÓMEZ-BENITA  
Universidad Autónoma de Madrid

BIBLID [0544-408X]. (2015) 64; 169-183

**Resumen:** Con motivo del décimo aniversario de la muerte de Edward Said se incide en las características principales de la “palestinidad” del intelectual de nacionalidad estadounidense y los parámetros fundamentales del humanismo palestino y la defensa justa y racional de los derechos de un pueblo para quien aquél, a pesar de su desaparición, sigue siendo un referente tan actual como fundamental.

**Abstract:** As a tribute to the figure of Edward Said, ten years after his passing, this piece focuses on the main characteristics of what we have named “palestinity”, as seen by this famous American thinker and his indelible legacy as the greatest speaker for the Palestinian National Rights, along with the basic parameters of his humanist quest for justice and vindication of his people.

**Palabras clave:** Edward Said. Palestina. Humanismo. Compromiso intelectual.

**Key words:** Edward Said. Palestine. Humanism. Intellectual compromise.

**Recibido:** 28/11/2013 **Aceptado:** 04/07/2014

“We are more than someone else’s object”. *After the last sky: Palestinian lives*

El 25 de septiembre de 2003 fallecía a los 67 años de edad Edward Said, víctima de una pertinaz leucemia. En aquel entonces, más de una necrológica lo ensalzó como el verdadero “portavoz” de la justa causa palestina<sup>1</sup>. Hoy, cumplido ya el décimo año de su muerte, la figura de Said sigue constituyendo la máxima expresión del compromiso intelectual palestino con la tragedia de su gente; a la par, su obra no deja de despertar análisis y revisiones de todo tipo, tan variados y complejos como los ámbitos diversos a los que el célebre polígrafo de nacionalidad estadounidense dedicó su dilatada carrera como investigador, activista y docente universitario.

Sabido es que su campo de investigación originario se situaba en la crítica literaria y el ensayo analítico. Su texto más célebre, *Orientalism*, no deja de ser una recensión particular de toda una extensa literatura consagrada a una temática bien definida (el

1. Por ejemplo, en “Remembering Edward Said”. <http://electronicintifada.net/content/remembering-edward-said/4788> (consultada 26/11/2013).

oriente musulmán). Una lectura particular que puede resultar sesgada e imperfecta en muchos sentidos pero que, en 1979, fecha de su publicación, supuso un acontecimiento de gran magnitud. Ciertamente: la comprensión de Said sobre los estudios orientalistas es fragmentaria y se fundamenta mayormente en determinadas fuentes anglosajonas y, en segundo lugar, francófonas y germanas —a despecho de las referencias clásicas del arabismo español, ruso o italiano—; más aún, adolece de un enfoque sincopado de la sucesión diacrónica de la producción orientalista, cierta querencia a las lecturas “forzadas” y las extrapolaciones y una indisimulada tendencia a la generalización y el esencialismo<sup>2</sup>; empero, sigue constituyendo un hito en su género. Más cohesionadas e integrales nos han parecido siempre, en todo caso, sus impresiones sobre obras y autores concretos de la talla de Joseph Conrad u otros pilares de la literatura en lengua inglesa, especialidad que impartió como docente durante décadas en la Universidad de Columbia; o, también, sus diatribas, sutiles y corrosivas, contra *enfants terribles* de las letras contemporáneas, premios Nobel incluidos, dominados por una visión “orientalista” del mundo. Siempre haciendo gala de una gran perspicacia, incisiva y penetrante como pocas, para desentrañar lo explícito y lo sugerido, sustentada por un discurso de indudable brillantez lingüística y expositiva.

Sabida es asimismo la afición de Said por facetas y temáticas concretas de la creación literaria, ya sea la escritura autobiográfica o la relación entre las circunstancias temporales y materiales del autor y su producción; o, en términos más precisos, el efecto de una vicisitud —v.g. la sensación angustiosa del extrañamiento, el éxodo y la expulsión del lugar donde uno vive— en la producción literaria, así como los resortes que la provocan y condicionan. Y, sobre todo en el último tramo de su vida, se puso de relieve su afición por la música y la imbricación de ésta con otras artes, en especial la literatura. Aficionado al piano, confeccionó críticas musicales en *The Nation* y colaboró, con la redacción del texto en inglés, en un montaje del *Fidelio* de Beethoven por la Orquesta Sinfónica de Chicago.

Sin embargo, no han sido ni la crítica literaria ni el orientalismo ni la afición por la música lo que ha terminado confiriéndole su enorme prestigio como intelectual de resonancia mundial. Said, cuya formación intelectual es eminentemente anglosajona —a los 16 años, además, ya estaba instalado en Estados Unidos— ha prestado gran

2. Para una recensión de las críticas de método y enfoque dirigidas a *Orientalism* véase Ignacio Gutiérrez de Terán. “Edward Said y la visión americana”. *Idearabia*, 3 (1999), pp. 65-71. También, Bernabé López García. *Orientalismo e ideología colonial en el arabismo español (1840-1917)*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2011, pp. 416-417, donde se hace además un análisis en cierta medida “saidiano” de la producción del arabismo nacional decimonónico. Una actualización de las críticas positivas y negativas de las tesis saidianas la tenemos en Ziad Elmarsafy, Anna Bernard y David Atwell (Coords.). *Debating Orientalism*. Londres: Palgrave Macmillan, 2013.

atención, incluso en sus estudios de literatura comparada, a los asuntos culturales, religiosos y políticos árabes. Muy probablemente, jamás habría podido traspasar los límites de la fama circular y elitista que aporta el prestigio académico de no haber mediado una cualidad, excepcional, en los docentes universitarios al uso: el compromiso a ultranza con una causa que consideraba justa y el convencimiento de que la dimensión humana y humanística de su brega justificaba cualquier padecimiento. Por supuesto, la causa y la cuestión eran Palestina; y el padecimiento, cargar con la inquina militante de quienes dentro y fuera de Estados Unidos consideraron que la “obcecación” de Said por reivindicar a los suyos y denunciar las tropelías de que siguen siendo objeto constituía un delito de lesa majestad. *Orientalism*, de la cual se siguen tirando reediciones en los principales idiomas del mundo, y, en líneas generales, el resto de sus obras, constituyen un compendio de análisis y lecturas particulares sobre la visión oriental vigente en occidente; pero, por encima de todo, reflejan una preocupación existencial por la realidad del “otro” y la dimensión de su propio yo, como palestino exiliado, en el seno de una alteridad cuyos lindes han sido fijados de forma arbitraria.

#### *INTELECTUALIDAD Y COMPROMISO*

La vinculación de nuestro autor con Palestina, que es lo mismo que decir la imbricación de la memoria con el exilio, configura el entramado intelectual de un pensador que nunca transigió en difuminar o relativizar los prerequisites éticos de sus reflexiones<sup>3</sup>. Esto podría parecer una obviedad, pero no resulta tan frecuente entre los llamados “intelectuales de primera línea”, muy dados a los cambios de rumbo y los vaivenes ideológicos. Para Said, el intelectual debe convertirse en portavoz y actor, en exponente reiterativo de una condición moral que jamás debe ser soslayada. En el caso específico de la tragedia palestina, el acto de revelar el verdadero rostro de la ocupación debe venir acompañado de una propuesta cabal de cambio. A propósito de un artículo “crítico” sobre las humillaciones sufridas por los palestinos a manos del estado de Israel, redactado por un profesor israelí, Said destaca que el intelectual que se precie debe aplicar la primera parte de la premisa (la denuncia) con el mismo rigor que la segunda (la exigencia de que se haga algo para que las cosas cambien): “... No trata de disfrazar la situación con un lenguaje elegante sobre la

3. La vinculación de la figura de Said a la noción de palestinidad queda patente una vez más en el contenido de los homenajes y efemérides que han tenido lugar con motivo del décimo aniversario de su muerte, en septiembre de 2013. En su universidad, Columbia, la lección magistral la dictó el jurista y novelista Raja Shehadeh, residente en Ramala y de confesión cristiana como Said, ejemplo de la pervivencia del ejemplo y la memoria de éste. Véase <http://artsinitiative.columbia.edu/events/raja-shehadeh-there-language-peace-palestine-today-and-categorization-domination> (consultada 10/11/2013).

seguridad israelí, un espantoso hábito de los intelectuales que sienten la necesidad de hablar como generales para que se los tome en serio. Mi única crítica (...) es que (el autor israelí) no llega a pedir claramente el final de la ocupación militar y el reconocimiento israelí de las injusticias cometidas contra el pueblo palestino. Eso es lo que se supone que hacen los intelectuales, en lugar de hablar de política desde el punto de vista de los políticos”<sup>4</sup>.

Su concepción sobre labor intelectual y compromiso queda patente asimismo en párrafos diversos de su obra crítica (literaria). A uno de los grandes escritores del S. XX, George Orwell, le imputa el incumplimiento de la segunda de las dos premisas anteriormente citadas. La primera la había cumplido con holgura por su capacidad y voluntad para describir la crueldad humana —bajo el imperialismo, por ejemplo—; ahora bien, Orwell mantenía un alejamiento deliberado del objeto de su denuncia<sup>5</sup>. Más aún, “he is one of those writers who simply was never in touch with a grassroot movement, and never felt himself to be part of a general cause. There’s a sense of isolation and even of misanthropic hostility toward the other”<sup>6</sup>. Estas carencias, desde el punto de vista saidiano, alejan a Orwell y a otros tantos otros de la intelectualidad auténtica.

#### PALESTINA: EXILIO, MEMORIA Y RECLAMACIÓN

Para aportar los ingredientes básicos que conforman esta actitud de intelectualidad militante debe existir una fuente abundante de datos e información. En el caso de los palestinos, que carecen de una oficialidad e institucionalismo que garantice la continuidad de una doctrina documentalista, la capacidad de datar depende sobremanera de su habilidad y destreza para recordar y combinar los recuerdos<sup>7</sup>. De exilio en exi-

4. Edward Said. *Nuevas crónicas palestinas. El fin del proceso de paz (1995-2002)*. Barcelona: Debolsillo, 2003, p. 183.

5. David Barsamian y Edward Said. *Culture and resistance. Conversations with Edward Said*. Londres: Pluto Press, 2003, p. 184.

6. *Ibidem*, p. 185. El ensayo principal de Said sobre Orwell se titula “Tourism among the dogs” y aparece en la colección *Reflections on exile*. Harvard University Press, 2000. En todo caso, el supuesto espíritu comprometido de Orwell con las causas nobles de liberación nacional queda empeñado por su labor de informante al servicio del espionaje británico y la redacción de informes sobre supuestos agentes comunistas en la Gran Bretaña de los años cuarenta. La confirmación definitiva de las labores de espionaje vendría de la mano, en 2003, meses antes de la muerte de Said, de la llamada “lista de Celia Kirwan”. Véase John Ezard. “Orwell's list of 'crypto-communists' to be released”. *The Guardian*, 10 de julio de 2003, disponible en <http://www.theguardian.com/uk/2003/jul/10/past.freedomofinformation> (consultada 26/11/2013).

7. De ahí que recordar y saber expresar los recuerdos sean básicos a la hora de cimentar el relato de la palestinidad: “One has to keep telling the story in as many ways as possible, as insistently as possible, and in as compelling a way as possible, to keep attention to it, because there is always a fear that it might just disappear”. *Culture and resistance*, p. 187.

lio y represión en represión, la memoria se ha convertido en el principal referente de un pueblo desmembrado. El propio Said sufrió en sus carnes los rigores de esta disciplina, la cual suele desembocar en la difamación e, incluso, la eliminación personal. Al igual que otros grandes símbolos de la cultura palestina, el asesinado Gassán Kanafani o el “poeta maldito” Mahmud Darwish, Edward Said hubo de experimentar su *via crucis* particular a lo largo de su carrera como intelectual palestino comprometido. Una de estas campañas postreras de acoso, desplegada tras su famosa foto arrojando una piedra hacia la frontera israelí desde el sur de Líbano, queda reflejada así:

“... Se orquestó de nuevo toda una campaña para tratar que me expulsaran de la universidad donde llevo enseñando treinta y ocho años. Se utilizaron asimismo artículos en la prensa, comentarios, cartas insultantes y amenazas de muerte para intimidarme o silenciarme (...). (...), la administración de la universidad defendió magníficamente mi derecho a mis propias opiniones y mis propios actos, y señaló que la campaña contra mí no tenía nada que ver con el hecho de que hubiera arrojado una piedra (...) sino con mi postura y mi actividad políticas, que se enfrentaba a la política israelí de ocupación y represión”<sup>8</sup>.

Esta y otras campañas, como las que ponían en duda que Said hubiera llegado a estar alguna vez en Palestina —*a refugee from the truth*, como alguien, pomposamente, llegó a llamarlo— o la imputación de que pertenecía a una casta oligárquica sin vinculación con la realidad palestina, no lograron el objetivo principal de acallar el eco de sus palabras<sup>9</sup>. No obstante, contribuyeron a desacreditarlo y caricaturizarlo, a ojos de los círculos sionistas y afines, dominantes en Estados Unidos y sociedades satélites, como un “palestino occidentalizado pero radical”. Los ataques alcanzaron cotas inusitadas de virulencia, y en algunos casos, de efectividad, por una razón avanzada con anterioridad, a saber, que la inmensa mayoría de los intelectuales palestinos de renombre no pueden disfrutar del amparo de instituciones y organismos oficiales sólidos y estables. Otro ejemplo destacado de intelectual palestino activo en el ámbito anglosajón —y por desgracia no lo suficientemente valorado en medios culturales árabes— lo encontramos en Henry Cattán (1906-1992), cuyos escritos so-

8. *Nuevas crónicas*, p. 164. Las campañas de silenciamiento contra Said por parte de los círculos sionistas han sido numerosas. En 2001, se produjo la cancelación de una conferencia prevista en el Instituto Freud de Viena sobre la figura del pensador austríaco de origen judío, por razones que tenían que ver con las críticas a la ocupación israelí. En cualquier caso, la conferencia acabó impartándose en otros foros y deparó un texto (“Freud y los no europeos”) del que hablaremos después.

9. Una de las más virulentas campañas de difamación contra Said fue la del abogado y profesor universitario israelí Justus Weiner. Véase “The false prophet of Palestine: in the wake of the Edward Said revelations”. *Jerusalem Center for Public Affairs*, 16 de enero de 2000. <http://www.jcpa.org/jl/vp422.htm> (consultada 28/11/2013).

bre los orígenes y causas de la cuestión palestina revisten una importancia notable. Cattán tuvo que abandonar Jerusalén en 1967, pero antes defendió las tesis palestinas en las Naciones Unidas en 1947 y 1948 en su condición de jurista. Después publicaría libros de gran valor documental y argumentativo como *The Palestine Question* y *Jerusalem* en su destierro por Oriente Medio y Europa. No sólo cultivó su veta de historiador y experto en leyes internacionales sino que también hizo de ensayista y fabulista en *Le jardin des joies*, una recopilación de cuentos y relatos orientales. Cattán es junto con Said uno de los grandes nombres de la reivindicación intelectual palestina en Occidente, sin olvidar al ensayista y narrador Hisham Sharabi (1927-2005), asimismo exiliado en Estados Unidos y profesor en Georgetown. Sharabi, que ha dedicado parte de sus estudios a la cuestión palestina, la relación del intelectual árabe con occidente y la historia reciente de Oriente Medio, ha dejado consignada su experiencia vital en varios libros de memorias —*al-Gamr wa-l-ramād: mudakkirat mutaqqaf ‘arabiyy* (*Brasa y cenizas: memorias de un intelectual árabe*, 1978) y *Šuwar al-mādi* (*Imágenes del pasado: una autobiografía*, 1993). Y en 1999 firmó junto con el propio Said un comunicado en defensa de los intelectuales palestinos que habían denunciado la corrupción de la Autoridad Nacional Palestina y habían sido arrestados por orden de su presidente, Yaser Arafat. A la destacable representación intelectual palestina en EE.UU. deben unirse los hermanos Boullata, Kamal e Issa, pintor e historiador de arte el primero y escritor y traductor el segundo, asimismo vinculados con Said.

El protagonismo de la memoria ocupa un lugar preeminente en toda la producción de Said, máxime en el que quizás sea su libro más cercano a la literatura “pura”. En 1994, después de que los médicos le dijeran que estaba enfermo de leucemia, comenzó a escribir un libro de memorias que saldría a la luz en 1999 con el significativo título de *Out of place. A memoir*. Una vez más, un escritor que se siente en las postrimerías de su vida decide hablar de sus recuerdos y vivencias, con el objeto de dejar un testimonio particular “a subjective account of the life I lived” y de tender un puente que aminore la distancia en el tiempo y el espacio entre “mi vida de hoy y la de entonces”<sup>10</sup>. Como era de esperar, el autor se remonta a sus años de niñez, que no en balde son los más caros a quienes vivieron en Palestina antes de su despojo. Sigue así un desarrollo lineal y clásico del recuento autobiográfico, poniendo el énfasis en la primera persona y surcando un cauce cronológico ascendente. No obstante, este recuento se interrumpe de forma brusca cuando Said recalca en Estados Unidos e inicia su labor profesional, que en definitiva es la que le ha dado renombre. Aquí el re-

10. *Out of place. A memoir*. Londres: Granta Books, 1999, p. XIV. Trad. española de Xavier Calvo. *Fuera de lugar*. Barcelona: Mondadori, 2003, p. 15.

lato se disipa, el autor empieza a intercalar imágenes de tiempos pasados y por venir y, en definitiva, sus días en Princeton y Harvard no alcanzan ni mucho menos la relevancia de sus días palestinos. La situación de aparente estabilidad que le confiere su afianzamiento en Estados Unidos marca su definitiva alienación y consagra la identidad del libro: ser el inventario de “an essentially lost or forgotten world”<sup>11</sup>. Si ya antes Said se sentía incómodo porque siendo palestino llevaba un nombre de pila de aire inglés, estudiaba en una escuela británica y pertenecía a una familia de clase alta influida en gran medida por la cultura y hábitos occidentales, cuando se consagra la pérdida del que a pesar de todo era su lugar, su desubicación se hace completa. Todo esto podría llamar la atención si se tiene en cuenta que, a fin de cuentas, lo que a uno le parecería más digno de narrar en un devenir como el de Said sería su etapa de mayor actividad creativa, en su caso la etapa estadounidense. Pero no, él insiste en hablar de sus primeros quince años de existencia. Como si quisiera expresar que lo más importante de una vida vivida de este modo es, precisamente, el periodo que vino antes de que “aquello” ocurriese. En este punto, Said refleja, por otros cauces, el mismo ahogo vital que la poetisa Fadwa Tuqán, una de las personalidades culturales palestinas más relevantes del siglo pasado. Ella transmite en sus páginas autobiográficas una sensación de extrañamiento y desamparo similar al de Said —la desubicación del exiliado— pero sin salir de la Cisjordania ocupada<sup>12</sup>. Esta desubicación es apreciable, con idéntica insistencia, en otro de los grandes libros de memorias palestinas, el *Ra'aytu Rāmallāh (He visto Ramala)* del poeta Murid Barguti. Su descripción del retorno a Cisjordania tras décadas de destierro en Egipto es, ante todo, la confirmación de que para el exiliado palestino volver a la patria supone una nueva lanzada en la herida de su exilio y el de toda su gente, a despecho de la supuesta apertura de movimientos propiciada por “el grotescamente llamado proceso de paz”<sup>13</sup>.

#### EL RELATOR DE LA MEMORIA

En cierta ocasión, alguien llamó a Said el *ḥakawātī* (“narrador de historias”) de la causa palestina en Estados Unidos<sup>14</sup>. *Ḥakawātī* es un término común en los países árabes orientales y hace referencia a aquellos narradores que, sirviéndose de herramientas propias de la tradición oral, relatan cuentos e historias que entroncan con el

11. *Out of place. A memoir*, p. XI y *Fuera de lugar*, p. 11.

12. Fadwa Tuqān. *Rihla gabalīyya, rihla sa'ba. Sīra dātīyya*. Ammán: Dār al-Šurūq, 1988.

13. Véase la introducción del propio Said a la edición española del libro, *He visto Ramala*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2002, pp. 9-13.

14. *Culture and resistance*, p. 186. *Hakawati* es el término elegido por David Barsamian para referirse a Said.

acervo cultural árabe e islámico<sup>15</sup>. Por lo general, los *ḥakawātīs* narran la vida de héroes clásicos como Baybars, ‘Antara o incluso Saladino, o sagas completas como podría ser la de los Banū Hilāl<sup>16</sup>. Es este sentido, la aplicación del término a un estudio de la letra como Said refleja en toda su amplitud la singular impronta de lo que es narrar y contar para un palestino del exilio.

Para hacer frente a una propaganda abrasiva como la sionista, que ha negado sistemáticamente la existencia de una identidad palestina de pleno derecho, la palabra se ha convertido en el garante principal de la memoria palestina. Por esta razón, las exacciones y barbaries orquestadas por la maquinaria bélica de Israel no se han centrado únicamente en las vidas, las viviendas y las posesiones de los palestinos; las *razzias* y algaradas se han cebado, asimismo, en los precarios centros de documentación y archivos de los palestinos, ya sea en los Territorios Ocupados o en otros lugares, como ocurriera con los documentos almacenados en las oficinas de la OLP en Beirut. No es casualidad, pues, que las irrupciones en aldeas y ciudades suelen coronarse con la destrucción y saqueo de los edificios donde se halla clasificada la memoria social y civil de toda una población. En relación con todo esto hay, por lo mismo, otro detalle que no deja de tener su importancia: la historiografía sionista tradicional ha tendido, por razones obvias, a difuminar el “pretendido” despojo palestino apoyándose en la inexistencia de evidencias escritas que datasen y documentasen las escenas de éxodo que vivieron las aldeas palestinas. Con este argumento se ha relativizado el alcance real de aquellos actos de violencia programada, que se siguen produciendo hoy en día, a otra escala y con otros medios, ante la misma mirada indiferente o incluso condescendiente de occidente.

Conocedor de que la labor de denuncia anteriormente aludida afronta obstáculos e impedimentos innúmeros, Said adopta una estrategia propia de los grandes *ḥakawātīs*: para mantener la atención de sus oyentes y de paso sorprender a sus poderosos detractores altera cada cierto tiempo el ritmo y el tono de su discurso, introduciendo nuevas cadencias y técnicas narrativas. No se trata sólo de que los textos de Said, cuando abordan en primera persona la tragedia de su pueblo y la ignominia de la ocupación israelí, contengan una gran carga de oralidad y vehemencia discursiva

15. Sobre este término y la épica oral árabe véase M. C. Lyons. *The Arabian epic. Heroic and oral story telling*. vol. 2: *Analysis*. University of Cambridge Oriental Publications, 2005.

16. En español tenemos una traducción parcial de la saga de Baybars, *Romance de Baybars*. Madrid: Jaguar, 2003, vol. 1: *La infancia de Baybars* y vol. 2: *Flor de truhanes*. En torno a las hazañas de ‘Antara ben Šaddād, véase Peter Heath. “A critical review of modern scholarship on sirat ‘Antar ibn Shaddad and popular sira”. *Journal of Arabic Literature*, 15, 1984, pp. 19-44. Sobre la saga de los Banū Hilāl, véase, Dwight F. Reynolds. *Sirat Bani Hilal: Introduction and notes to an Arab oral epic tradition*. *Oral Tradition*, 4/1-2, (1989,) pp. 80-100.

debido a la proximidad y vinculación del escritor con el tema expuesto; es que la tarea impuesta, en tanto en cuanto que anhela mantener viva la llama de la denuncia, invoca el recuerdo; y no hay mejor manera de apelar a la evocación de la injusticia que hacer uso de las técnicas orales más directas. En conjunto, el cometido de Said y otros tantos palestinos que se han impuesto el deber de recordar y hacer recordar exige, lo mismo que a un narrador de historias que se precie, encontrar los rudimentos que permitan hacer llegar el mensaje de la forma más directa. Esto es, un recordatorio más de las coordenadas principales de la intelectualidad del compromiso: “I think one of the roles of the intellectual at this point is to provide a counterpoint, by storytelling, by reminders of the graphic nature of suffering, and by reminding everyone that we’re talking about people. We’re not talking about abstractions”<sup>17</sup>.

#### *PALESTINIDAD, PALESTINISMO Y ALTERIDAD*

Como ya se ha dicho, una de las armas utilizadas de forma recurrente para socavar el prestigio de Said fue la de negarle cualquier vinculación con la tierra de la cual dice proceder. Dentro de los Estados Unidos, se le acusó de antipatriota por su acerba oposición a la política exterior de su país. En este aspecto, la figura del pensador palestino entroncaba con otros “disidentes” apestados de la intelectualidad estadounidense como Noam Chomsky: ambos se habían convertido en un “objetivo permanente de vilipendio”<sup>18</sup>. Por ello, las polémicas saidianas con intelectuales y periodistas estadounidenses o afincados en Estados Unidos son antológicas. Debido a la contundencia de sus argumentos y el énfasis puesto en ellos —y también, por qué no, a su innegable destreza para insultar de una forma tan elegante como ingeniosa—, las valoraciones de Said sobre Bernard Lewis (“tendencioso investigador”), Thomas Friedman (el *pundit* sabihondo), William Safire, Fouad Ajami, Samuel Huntington o Kanan Makiya alcanzan extremos notables de sutileza y efectividad. Definido públicamente como “el más importante portavoz de la causa palestina en occidente”, el objetivo, sobre todo a partir de la Guerra del Golfo de 1991, era desacreditarlo como voz referente crítico del sionismo y las corrientes ideológicas estadounidenses aliadas con éste.

Los ataques contra su persona, empero, abundaron asimismo desde sectores árabes y palestinos. Conocidas como son las lacerantes descalificaciones de Said sobre el llamado proceso de paz y las “concesiones” de la Autoridad Nacional Palestina emanada del Proceso de Oslo, no extraña que lo poco que había de oficialismo y organización institucional en los “territorios autónomos” haya reaccionado con espe-

17. *Culture and resistance*, p. 187.

18. *Ibidem*, p. 84.

cial virulencia contra quien, de entre los palestinos, se convirtió en su más fiero destructor. Las piezas saidianas de mayor contundencia son las incluidas en compilaciones publicadas en español con títulos tales como *Gaza y Jericó. Pax americana, Palestina. Paz sin territorios* y *Nuevas crónicas palestinas*. En ellos se aprecia en toda su medida el pesimismo de nuestro autor sobre el denominado proceso de paz y el autoritarismo corrupto de la nueva clase dirigente palestina que, incidiendo en lo apuntado con anterioridad sobre la obligación moral y ética del (intelectual) palestino consciente y comprometido, ha antepuesto el deber de apuntalar la memoria y los derechos de los suyos al deseo de rehabilitarse ante la opinión pública occidental e israelí. La pluma afilada de Said levantó sarpullidos entre las élites políticas palestinas y su cohorte mediática y cultural: “El modelo de gobierno de Arafat se basa enteramente en la coerción y el beneficio personal (...) Para la ANP todo, incluyendo los derechos humanos, debe ser sacrificado a un premeditado menoscabo del proceso de paz. Sólo así sobrevivirá Arafat, cree él, junto a su especular israelí: el deshonesto Peres”<sup>19</sup>. Airado, Arafat respondió esgrimiendo las alegaciones habituales contra Said: “Es un libro demasiado mediocre como para que le responda (se refiere a “Gaza y Jericó. Pax Americana”). ¿Quién construyó la Intifada en Gaza? ¡No fue él desde Estados Unidos!... Él, desde EEUU, no siente la tortura de su pueblo, no se da cuenta de la grandeza del mayor levantamiento de la época moderna, que completa la revolución palestina”<sup>20</sup>.

A decir verdad, el tono descarnado e hipercrítico de estos escritos apenas encontró parangón en el ensayo periodístico de la época y convirtió a su artífice en *persona non grata* para los nuevos dirigentes palestinos, a sabiendas de que ya llevaba tiempo siéndolo para la *intelligentsia* israelí. En este caso concreto, las contestaciones más airadas incidían, una vez más, en la no palestinidad de Said, pero desde otra perspectiva: ahora se trataba de demostrar el enajenamiento y por lo tanto el desconocimiento de Said de la realidad palestina en Gaza y Cisjordania y su visión exclusivamente estadounidense de lo que ocurría en Oriente Medio. Un juicio de valor que el tiempo, en todo caso, se encargaría de difuminar, pues muchos de los postulados emitidos entonces contenían pronósticos y presagios que, de modo funesto, han terminado por hacerse realidad. En primer lugar, los referidos a la fragilidad y la virtualidad de la propia Autoridad Nacional Palestina, la cual, como él preveía, iría debilitándose y arrastrando consigo la fortaleza de la reivindicación nacional palestina, en beneficio del proyecto de expansión sionista; pero, también, las advertencias en torno a las

19. *Palestina. Paz sin territorios*. Tafalla: Editorial Txalaparta, 2002, p. 141.

20. Extracto de una entrevista concedida al periódico *al-Arabi* en 1999. *Palestina, paz sin territorios*, pp. 169-171.

consecuencias fatídicas derivadas de la operación militar de Washington en Kuwait que habrían de producirse en las sociedades árabes, en materia de derechos humanos y promoción democrática, y en los propios Estados Unidos y su proyección exterior. Por eso, no ha faltado en numerosos artículos escritos con motivo del décimo aniversario de su finamiento el aviso de que “Said tenía razón”<sup>21</sup>.

Sin embargo, desde el marxismo árabe y la llamada izquierda panarabista, se acusó a Said de connivencia con una estrategia exterior estadounidense que no perseguía suprimir el “neocolonialismo” de Washington sino reencauzarlo y esmaltarlo con un tinte de humanidad y justicia que contribuyera a hacerlo más atractivo entre los pueblos orientales. En este contexto, Said desempeñaba la función de “portaestandarte conciliador” reconvertido en teórico principal de esta nueva tendencia de la política exterior de EE UU. O dicho de otra manera, la supuesta equidistancia de Said entre la política exterior predatoria de Estados Unidos y las dictaduras árabes de, por ejemplo, Saddam Husein, representaba el reverso de la cara de la moneda ocupada por orientalistas “cínicos” como Bernard Lewis y Fouad Ajami. Los marxistas, por añadidura, rechazaban la lectura particular de Said sobre los escritos de Marx en relación con oriente (que presentaba al filósofo alemán como un orientalista institucional *pro domo sua*) y consideraban que no había comprendido bien su concepto de teoría económica. Uno de los ejemplos más palmarios de esta visión hipercrítica del legado saidiano, lo aporta el crítico sirio Sadiq Yalal al-‘Azam, quien dedicó un artículo extenso a refutar algunas conclusiones de *Orientalism*. Para al-Azam, Said representaba el prototipo de intelectual árabe adherido al derechismo conservador estadounidense —furibundamente opuesto al comunismo—, partidario de la sujeción del oriente a la hegemonía occidental, a través, incluso, de la creación de centros e institutos de investigación dirigidos ideológicamente<sup>22</sup>. En cualquier caso, las invectivas de al-‘Azam se sustentan muchas veces en lecturas interesadas y hermenéuticas desaforadas de los textos saidianos; y, de nuevo, el tiempo ha venido a alisar las anfractuosidades de las palabras. Hoy, como muestra irónica de esta pretendida pulsión antimarxista de Said tenemos a un declarado intelectual marxista, el indio Vijai Prashad,

21. Véase, por ejemplo, el artículo de Vijay Pradash. “He said so ten years ago”. *The Hindu*, 25 de septiembre de 2013, disponible en <http://www.thehindu.com/opinion/op-ed/he-said-so-10-years-ago/article5164782.ece>

22. Al-‘Azam publicó su ensayo titulado “al-Istiṣrāq wa-l-istiṣrāq ma‘kusan” en la revista *al-Ḥayāt al-Ādīda* de Beirut, 2 (1981). Después, aparecería en la recopilación de artículos críticos titulada *Dihniyyat al-tahrīm*. Nicosia: Markaz al-Abḥāṭ wa-l-Dirāsāt al-Iṣtirākiyya fi l-‘Alam al-‘Arabiyy, 1994, pp. 13-62. Puede verse una recensión a la traducción francesa del mismo (y otros) en Nieves Paradela Alonso. “El ateo oficial del mundo árabe”. *Revista de libros*, 166 (octubre de 2010), pp. 24-25.

ocupando, en el curso 2013-2014 la cátedra de Edward Said en la Universidad Americana de Beirut.

Otras imputaciones esgrimidas por intelectuales y estudiosos árabes y musulmanes tienen que ver con su inhabilidad para escribir en árabe, con sus gustos y métodos, tan alejados en teoría de los criterios orientales...; algunos, incluso, veían en su filiación cristiana (protestante) “y su forma de comportarse como un occidental refinado” un corroborante más de su velada islamofobia. Uno de los últimos estudios más reseñados sobre su producción “orientalista” lo aporta Ziauddin Sardar en *Orientalism. Concepts in Social Sciences Series*, el cual abunda en la pretendida hostilidad saidiana a la religión islámica y su falta de originalidad próxima al plagio<sup>23</sup>. La imputación de “elitista” y atildado en todos los sentidos —siempre se ha destacado, sobre todo en sus debates con los proisionistas, su aspecto de dandi impecable— ha estado presente de continuo en el prontuario antisaidiano, como supuesta evidencia de que su compromiso y palestinidad no podían ser sino artificiosos y rituales. Otros lo acusaron de doble rasero: su disección inmisericorde del estado de Israel y de la Autoridad Nacional Palestina no se correspondía con su aparente condescendencia hacia algunos regímenes árabes e islámicos en general. Ésta, al igual que las consideraciones anteriores no se corresponde con la realidad y por lo tanto pasa a formar parte del historial de la infamia anti saidiana; sin embargo, sí es cierto que, en *Nuevas Crónicas Palestinas*, por poner un ejemplo entre tantos otros, se hace una revisión de conciencia que refleja con claridad el espíritu de disquisición y autoevaluación permanentes que han presidido su obra<sup>24</sup>. Pero, a continuación, se aporta un balance de la situación global, ciertamente penosa, padecida por los árabes hace veinte años, y no consideramos que haya demasiado lugar para la condescendencia: “En todos los ámbitos significativos (con excepción quizás de la cocina) hemos descendido a los puestos más bajos en lo que se refiere a calidad de vida. Nos hemos convertido en una vergüenza, tanto por nuestra impotencia e hipocresía (por ejemplo, frente a la intifada) como por las tremendamente pobres condiciones sociales, económicas y políticas que se han apoderado de todos los países árabes casi sin excepción. (...) Mientras el resto del planeta parece avanzar en dirección a la democracia, el mundo árabe va al revés, hacia grados cada vez mayores de tiranía, autocracia y gobiernos

23. Véase la traducción española del estudio, *Extraño Oriente*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2009, pp. 116-132. Para este autor, Said cae en el vicio ontológico y esencialista que tanto denuesta y, además, hace suyas, sin reconocimiento explícito, ideas ya avanzadas por autores anteriores —Djait, Tibawi, Abdel Malek, Asad, Alatas y otros, pp. 116-119.

24. *Nuevas crónicas palestinas*, pp. 197-205.

de tipo mafioso. Como resultado de ellos, cada vez somos más los que sentimos que no debemos permanecer callados ante este hecho<sup>25</sup>.

*EL PALESTINISMO, UNA OPCIÓN HUMANISTA*

Sin duda, la robustez de las convicciones saidianas se deriva, en primer lugar, del humanismo que late en su palestinidad (condición de reclamarse palestino con todo lo que ello implica) y su palestinismo (reclamación de los derechos conculcados de su pueblo y su tierra) con un vigor apabullante. Mientras que la palestinidad y el palestinismo en Edward Said constituyen la quintaesencia del cometido del intelectual genuino antes referida (conciencia y acción comprometida), el humanismo —y en concreto la alteridad positiva— aportan su metodología discursiva y de acción. *Pas-sim* hemos de apreciar la concepción de alteridad y reconocimiento y valoración del otro. Al fin y al cabo, el conocimiento —cualquier conocimiento— es mejor que la ignorancia<sup>26</sup>. Y ésta no puede utilizarse como herramienta de combate.

El humanismo saidiano nunca dejó de promover la denuncia y la resistencia ante la opresión, materializada en su caso en el sionismo, pero siempre desde el respeto y el pacifismo. Rechazó los atentados suicidas, las agresiones a personas e intereses judíos y la burda representación de los judíos como un pueblo esencialmente protervo y perjudicial, visión por desgracia preponderante en algunos ámbitos árabes. Por el contrario, Said resaltó la necesidad de la prédica racional y argumentada ante la opinión pública israelí y occidental y el reconocimiento de que la deficiencia de la estructura política israelí era, ante todo, la exclusión de los palestinos a través de un sistema de apartheid inconfeso. No se trataba, pues, de destruir el estado de Israel sino de hacer que éste fuera *también* justo y ecuánime con árabes y palestinos y dejase de practicar la ocupación y la discriminación antihumanista ejercida sobre los palestinos en su conjunto, incluidos los que tienen la ciudadanía israelí. De ahí que una de sus propuestas sea la cohabitación de los dos pueblos en un contexto de democracia, laicismo y tolerancia recíproca. Este tipo de propuestas, que hoy parecen haber perdido peso en beneficio de la teoría de los dos estados, fue defendida también por destacados representantes de la izquierda israelí, para quienes el problema era la estructura sionista del estado israelí no, intrínsecamente, este último<sup>27</sup>.

Este humanismo acérrimo puede apreciarse, de modo dialéctico, en sus análisis sobre quienes urdieron la teoría del choque de civilizaciones y la incapacidad de las

25. *Ibidem*, pp. 197-198.

26. *Ibidem*, p. 190.

27. Por ejemplo, Michael Warschewski. *Israel-Palestina: la alternativa de la convivencia binacional*. Madrid, La Catarata, 2002.

otras sociedades, la musulmana en este caso, para atraerse a la modernidad y aplicar la norma de respeto y pluralidad que, dicen, sí aplica occidente. Notorios son los centrados en las teorías de Huntington (*The clash of definitions*), a los postulados de Bernard Lewis (*Impossible histories: Why the many Islams cannot be simplified?*) o las observaciones de V. S. Naipaul (*Among the believers. An Islamic Journey*)<sup>28</sup>. Tómese, en concreto, la reseña sobre este último donde el premio nobel se propone, como tantos otros, demostrar la veracidad de sus juicios preconcebidos, consagrados antes incluso de entablar contacto con la sociedad islámica<sup>29</sup>.

Hay un opúsculo que refleja esta pulsión humanista con especial sencillez y contundencia a la vez: *Freud and the Non-European*. La tesis es clara: la identidad es algo mucho más complejo y vasto de lo que la historiografía sionista ha querido imponer al pueblo judío —y negar al pueblo palestino—; por lo tanto, este proyecto de alteridad se confunde y compenetra con otros muchos factores que tienen que dar lugar, necesariamente, a una rehabilitación humanista de la cuestión. Las valoraciones de Freud sobre la identidad no judía de Moisés, prócer, paradójicamente, de la nación judía, desentrañadas por Said con su habitual habilidad para el contraste y los apuntes paralelos, inciden en esa línea: si la vinculación de esta identidad cerrada y sacralizada puede abrirse, la noción de extranjería puede, asimismo, abrirse y englobarse en el ámbito natural de la identidad. Esto es, que no se cierra el círculo del yo y el otro sino que se establece un canal de tránsito que puede derivar en unión<sup>30</sup>. En fin, la propuesta de Said abre la puerta de par en par a la reconciliación; de los muros que otros levantan no se puede decir lo mismo.

#### HUMANISMO SAIDIANO Y MUNDO ÁRABE HOY

Hoy, cuando el mundo árabe vive un momento de incertidumbre y frustración tras el rumbo desconcertante que han tomado las llamadas “revoluciones árabes”, conviene retomar este hálito humanista de Said y, más aún, su sentido crítico de la realidad. Palestina permanece bajo el asedio y la opresión de una ocupación repugnante que persiste en sus esfuerzos venales para adquirir más territorios, ampliar los asentamientos y laminar la identidad de los palestinos. Gaza agoniza, sometida a un ineluctablemente bloqueo, y Cisjordania se ve abocada a la desintegración como mera entidad semiautónoma, traicionada por unas elites políticas palestinas que, tal y como hacían en tiempos de las denuncias mordaces de Said, buscan cultivar su provecho personal aun a costa de los derechos nacionales de su pueblo. El mundo árabe, tras el éxtasis

28. Ensayos todos ellos insertos en *Reflections on exile*. Harvard University Press, 2000.

29. “Among the believers”. En *Reflections on exile*, pp. 113-117.

30. *Freud y los no europeos*. Barcelona: Global Rythm Express, 2003, pp. 32-82.

de optimismo y autosatisfacción suscitado por las revueltas populares iniciadas en Túnez, parece volver a su estado habitual de frustración y pesimismo. Allá donde se ha producido la caída del dictador de turno la transición afronta innumerables desafíos o, peor aún, presagia una involución; y en el resto de países, o bien pervive una guerra feroz que cada vez interesa menos a nadie, como en Siria, o una movilización popular semi olvidada, léase aquí Bahreín, o, simplemente, una sucesión de cambios cosméticos que han reforzado al régimen gobernante, tan poco democrático en algún caso como los que han caído de resultas de la agitación popular. Un panorama desalentador pero que porta en su interior la semilla de la transformación. Edward Said, ni durante los años de plomo del sionismo, en los sesenta y setenta del siglo pasado, o en el *aftermath* de la Guerra del Golfo de 1991, perdió la esperanza. Motivos, no obstante, tenía de sobra, tanto por la aberrante línea de acción de monarquías y repúblicas árabes corruptas como por las trampas del llamado proceso de paz iniciado en los noventa del siglo pasado y que él tanto criticó. Es una realidad desalentadora, en efecto; pero, como el mismo Said escribía hace cuarenta años, “I cannot but go back from the history of facts to the history of potentials, and from the troublesome images of the present to those of the Arab of always, hungering for justice and straining towards the future...”<sup>31</sup>.

31. Edward Said y Fuad Suleiman (Coord.) *The Arabs today. Alternatives for tomorrow*. Columbus: Forum Associates, 1973, p. 22.